

# La Iglesia del silencio

E. MIRET MAGDALENA

**U**N fenómeno nuevo ocurre en nuestra Iglesia española: se ha convertido en la Iglesia del silencio. Para bien o para mal —para esto último más que para lo primero— el catolicismo oficial español ha perdido su voz, y la poca que utiliza, la usa mal por lo general.

Por eso al desánimo y sensación de frustración que tenemos a nivel civil casi todos los ciudadanos que no tenemos un puesto político, se une ese mismo desánimo y esa misma sensación de frustración entre los que todavía queremos permanecer cristianos.

Y si la voz de la Iglesia se ha apagado, se ha vuelto atónica, no es nada raro que también nuestros oídos españoles se encuentren menos interesados en escuchar esa débil voz de nuestros preladados.

## La voz de antaño

En tiempo de la II República dos voces importantes se levantaron en nuestra Iglesia: la desgraciada del Cardenal Segura poniéndose enfrente del nuevo régimen que había estrenado el país en 1931, y la valiente del Cardenal Vidal y Barraquer haciendo un esfuerzo por comprender y aceptar la nueva postura política del pueblo español. Más tarde durante los 40 años de la Dictadura nuestros Obispos se unieron al ejército nacionalista y a su caudillo sin rubor alguno, en parte porque era el vencedor y en parte también porque hábilmente manejó la concesión de privilegios a la estructura eclesiástica y a sus intereses clericales. Cuando se produjeron las primeras elecciones o referéndums se apresuraron a orientar a sus fieles para que corroborasen mediante el voto la situación ventajosa que tenían. Y del mismo modo sus campañas en pro de la moralidad más anacrónica fueron pocos años después tema de humorísticas reflexiones por muchos españoles, que empezaban a vivir la natural desrepresión que inauguró la democracia naciente.

Sin embargo, algunas voces eclesiásticas que pudieron ser de importancia para la situación social de la España del franquismo, apenas tuvieron aco-

gida ni en la opinión pública ni en las estructuras del régimen. Eso le ocurrió al oportuno «Breviario Social» que publicó el Obispo González Mora-lejo, casi copiado literalmente del que sacaron a la luz pocos años antes los obispos franceses. Era éste un documento moderado, pero suficientemente realista como para haber cambiado muchas cosas socialmente injustas o económicamente desacertadas en aquella situación de dictadura.

Si algo tuvo nuestra Iglesia española fue la falta de visión del porvenir, salvo en contadas excepciones como la del Cardenal Vidal y Barraquer en la II República. Ni por asomo nos dimos cuenta en los años 60 de la postura abierta y progresiva de Juan XXIII, ni de lo que iba a suponer el Concilio Vaticano II. Tan fue así que se produjeron situaciones verdaderamente cómicas, como la del superconservador Monseñor Hervás que me decía en una ocasión que no necesitaba aplicar el Concilio porque él ya lo había aplicado, antes de haberse celebrado, a su Diócesis de Ciudad Real que, sin embargo, era modelo de retrogradismo. O la postura casi unánime de nuestros Obispos durante el Concilio, a propósito de la libertad religiosa, que fueron casi los únicos que se opusieron desafortunadamente a la misma, y nunca creyeron que iba a ser aprobada por la casi totalidad de los Padres conciliares. Nuestra Iglesia desgraciadamente ha sido un modelo de clericalismo cerrado, y por eso careció de perspectivas, encerrada como se encontraba siempre en sí misma. Lo mismo que le pasa hoy, aunque los signos de los tiempos sean ahora completamente diferentes.

## Nuestro clericalismo

Un clericalismo que estuvo latente de antiguo en nuestras filas eclesiásticas, pero que en siglos anteriores había tenido el correctivo también de un anticlericalismo católico de buena ley, ejercido por obispos como Santo Tomás de Villanueva, frailes como Diego de Estella y seglares como Juan de Valdés. Un clericalismo que tenía dos vertientes: el afán de dominar los clérigos las cosas civiles, y el dominio tiránico que ejercieron dentro de la

propia Iglesia. Por eso, como reacción a esta postura, se distinguió nuestro país por un fuerte anticlericalismo popular; todo lo contrario de lo que le ocurre hoy en la católica Polonia en la cual la Iglesia es del pueblo y para el pueblo. Y en cuanto a la tiranía interna, tristes son los casos de aquellos cristianos que se encontraron con el pez fuera del agua dentro de nuestra Iglesia, como ocurrió con don Gumersindo de Azcárate en el siglo pasado, o con el teólogo seglar don Jaime Torrubiano Ripoll excomulgado por nuestro Obispo de Madrid-Alcalá hace nada más que 50 años al adoptar posturas que luego el Concilio aprobó.

Tan era así que los sermones en el tiempo franquista brillaban por su devota defensa de los anticristianos nazis, ya que eran los que apoyaban a Franco; y el confesonario servía de propaganda política contra los enemigos del «Caudillo», como me ocurrió a mí en una ocasión confesándome con un benedictino, que echaba pestes contra don Juan de Borbón al publicar el primer manifiesto pretendiendo la liberalización de nuestro país, en el silencio del confesonario.

La Iglesia española sólo se despegó al final del franquismo, con la valiente intervención del Abad de Monserrat Escarré, que tuvo que exiliarse; o con los casos menos claros de Monseñor Añoberos y Monseñor Cirarda. Más hábil fue en cambio, un obispo que decididamente no quiso aliarse con el franquismo, Monseñor Tarancón que, usando de su carácter diplomático, supo sortear las dificultades de una postura que el Gobierno sabía claramente contraria a su política.

## Hacia el silencio sepulcral

Pero desde el comienzo de nuestra instauración democrática esa voz tan valiente para aliarse al vencedor de ultra-derechas, se fue apagando casi desde el primer momento, y se ha convertido ya en un sonido inaudible. Unas veces porque nada dice, y otras porque de lo que habla no interesa al país.

El último gran discurso eclesiástico



*La identidad de la Iglesia española de hace años no nos gusta, porque sólo tenía voz a favor de la ultraderecha; pero el silencio aséptico de ahora nos parece igualmente condenable. En la foto, ceremonia religiosa con motivo de la coronación de los Reyes de España, donde monseñor Tarancón pronunció su último discurso.*

fue el que pronunció Monseñor Tarancón con motivo de la coronación del Rey Juan Carlos. Un discurso que mereció los plácemes de casi todo el mundo, y en el que parece que intervinieron además de la pluma de don Vicente Enrique y Tarancón, las del profesor Sebastián, ahora obispo, y el Padre Martín Patino.

Después, ninguno de los grandes problemas del país ha sido tocado; o, si se han referido a él, lo han hecho de un modo desvaído y sin ningún nervio que intentase ayudar a buscar una solución de nuestros problemas. Lo único que parece les importó a nuestros Obispos fue la petición de ayuda económica para el clero o para las escuelas de los religiosos; o para conseguir determinados privilegios tradicionales, como el de la validez civil del matrimonio canónico o la oposición a nuestra ley del divorcio. Casi las únicas excepciones que pueden recordarse han sido las nacionalistas o regionalistas, como la de Setien y sus colegas los Obispos vascos o en ocasiones la de los Obispos catalanes.

Pero, ¿qué pensarán en el fondo de su silencio nuestros Obispos acerca del pueblo español y de sus problemas, o de aquellos otros que existen en el mundo e inciden gravemente entre nosotros?

Los que seguimos siendo católicos querríamos saberlo; y deseáramos que desde su tribuna dijese alguna palabra inteligente que nos abriese un poco de luz al espíritu de los creyentes españoles. Ellos deberían tener una situación privilegiada para hablar con desprendimiento e im-

parcialidad, sin apasionamientos ni sectarismos de grupo, ya que teóricamente debían verlo todo desde arriba y con una perspectiva amplia, pues se supone que podrían avizorar el panorama «sub especie aeternitatis». Pero esto es demasiado optimismo, dada la estructura burocrática y cerrada de esa multinacional que se llama Iglesia Católica, mientras no rompa esos féreos cuadros que resultan una camisa de fuerza para la vida del espíritu.

## Necesidad de una vez

Sin embargo, nos harían falta a los cristianos palabras desprendidas y sin interés personal, que orientasen nuestra crisis económica creciente en sus aspectos humanos; que superasen la falta de atención a la estructura micro-económica del país, formada por las pequeñas y medianas empresas que se están hundiendo día a día y son la causa principal del paro acelerado; que dieran una pastoral comprensiva y evangélica para los divorciados o las parejas en situación irregular dentro de la Iglesia; que expusieran la doctrina de los moralistas tradicionales, llena de comprensión hacia los casos extremos que permiten el aborto más o menos indirecto; que dieran una visión humanista del desarrollo material de nuestra civilización occidental; o hicieran un análisis —como realizaron los obispos americanos y alemanes— de la violencia y de sus causas en la loca sociedad del consumo por el consumo que frustra a muchos hombres y jóvenes.

Y en lo internacional, ¿por qué no tener unas palabras de aliento hacia los que defienden la libertad y la convivencia en El Salvador, en Guatemala y en Polonia? Y no sólo una palabra debía de salir de las calladas gargantas de nuestros Obispos, sino también una campaña eficazmente organizada para ayudar material y moralmente a estos países. Es hasta sospechoso que sólo se ocupen —y de manera insuficiente— de un país bajo el dominio comunista como es Polonia; pero en otros países de América no piensan promover ningún tipo de reivindicación ni de ayuda.

La identidad de la Iglesia española de hace años no nos gusta porque sólo tenía voz a favor de la ultraderecha y ninguna palabra para posturas más avanzadas; pero el silencio aséptico de ahora nos parece igualmente condenable. Querriamos una presencia no-autoritaria, una presencia espiritual y humanizante que estimulase a los creyentes cristianos a encarnar en la tierra el mensaje del Evangelio con iniciativa y con creatividad.

Pero como nada de esto escuchamos ni vemos: el joven, el obrero y el intelectual, muestran crecientemente su indiferencia hacia una Iglesia que cada vez se desentiende más de nuestros problemas. Que no sabe estimular a sus seglares para que se comprometan personalmente y comunitariamente hacia el futuro de los hombres que viven en nuestras tierras. Que no saben darnos una ración de quijotismo sin perder los pies del contacto con la tierra, como siempre hizo Sancho Panza. ■